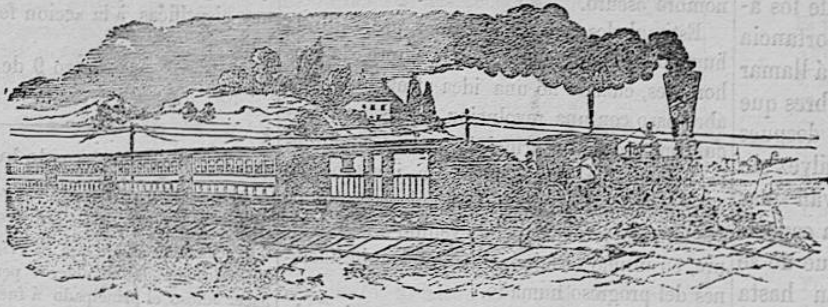


EL FERROCARRIL,

PERIODICO GENERAL.



Sale una vez a la semana.

San José, Marzo 15 de 1882.

Vale 10 cts. el numero.

Baifal Carranza,

Editor y Redactor Responsable.

Hoy aparece nuestra publicacion aumentada, con mayores dimensiones, que la harán mas variada, y llamará mas la atencion de los lectores, que aunque no son muchos, sí reclaman y son exigentes con los periódicos, que sin fijarse en su contenido y mérito, llaman pequeños.

Los periódicos en todas partes sufren sus metamorfosis; hoy aparecen de un tamaño, mañana de otro; hoy defienden con calor una causa, y mañana la atacan.—Todos sus programas varían con tanta frecuencia como los vientos que soplan, en un corto lapso de tiempo, por diferentes direcciones.

Pero jamás deben apartarse del camino, de la noble senda que la patria, ántes que todo, les señala.—No solamente la política y la literatura deben absorber las columnas de un periódico; al lado de estas se presenta reclamando nuestra atencion, por su grandeza, por su importancia, y por la necesidad, la cuestion industrial.

Dotado como está nuestro suelo de tantas y tan variadas riquezas, preciso es que dediquemos parte del tiempo á los negocios que merecen un desarrollo preferente y especial.

La riqueza del país la ha constituido la fruta redentora del café; pero esta riqueza es hoy bien mezquina, si atendemos á los valores que esta tiene en los mercados extranjeros.

Pero hay otros ramos de una importancia indefinible en el porvenir, siempre que el orden y la libertad industrial lleguen á consolidarse en la República.

Poco nos resta para tocar definitivamente, llevando nuestras producciones agrícolas, con las playas del Atlántico; de un lado y otro de ese camino y de esa línea férrea se encuentran las tierras mas férciles del país, que se cultivan con muy poco, y cuya exportacion es directa á los mercados de Europa y Estados-Unidos.

No dudamos que está próximo á cambiar nuestro modo de ser: cada individuo será una palanca, cada hombre un propietario libre, emancipado de la usura.

Hasta hoy los capitales no se han dedicado mas que al comercio de la importacion y de la usura. En el primer caso ha habido concurrencia tal, que introduciendo tres ó cuatro veces mas de lo que resiste el consumo, la baja ha sido consiguiente, y las operaciones y ventas forzadas han traído por consecuencia algunas quiebras.

La usura en estos países donde todo está por crearse, hasta los negocios, también, ha influido, y mas poderosamente que la baja del café, al estado actual en que se encuentran las cosas.

Pero todo se atribuye al orden político, y nada á las ilusiones y empresas descabelladas que con tanta fé abraza el agricultor ó el comerciante.

LA REVISTA.—Se ha establecido en esta capital una publicacion semanal bajo este título.—Su objeto principal es dedicarse á los intereses del comercio y dar una idea del movimiento mercantil. Deseamos á su redactor buen éxito en la empresa.

Hemos visto el primer número de "La Nave" periódico cuyo fundador y redactor principal es el inteligente jóven Don Pio Viquez. Deseamos á La Nave un mar Pacífico y sin escollos por donde pueda surcar sin riesgo alguno y que sea conducida por tan hábil náutico á un puerto seguro.

L. R.

Un articulo escrito con tinta colorada

Acerqueme á la mesa ó escritorio, y queriendo escribir algo, topé con un tintero que tenia tinta colorada. Nada colorado, como suele decirse, se me vino á la imaginacion; pero el Diablo dedicado á tentar á los hombres, por cristianos que estos sean, me infundió la maldita idea de meditar en la inestabilidad de las cosas humanas y se me vino al magin algo que mi-amo-lara, por no se qué que vi en "La Estrella de Panamá." Yo, que de cuando en cuando rimo aunque no sea vate, ni cosa que se parezca, se me ocurrió la siguiente fabulilla, que puede caer bien ó mal, por casualidad, y al transcribirla no tengo intencion de que caiga á otra persona que aquella que con sus buenas obras y comportamientos se la halla merecido; dice así:

EL HIGUERON Y EL PORÓ.

Junto á un rollizo higueron,

Muy débil crecia un poró:

"A él me reclino yo,

Tenga de mí compasion"

Y el higueron jeneroso

Dejóse que á él se arrimara;

Pero ¡qué cosa tan rara!

Creció el poró muy frondoso

A sombras del higueron,

Y tanto, que el tal poró,
Estrujarlo pretendió,
Valido de la ocasion.

Tal es el orgullo vano,
Cuya lección guardaré:
¡Jamás hay que dar el pié,
—A quien se toma la mano!

Solo los que siguen el curso de los acontecimientos darán alguna importancia á estas cosas que yo me atrevería á llamar *recovecos*. En efecto, hay hombres que se ciegan hasta el extremo de que despues que adquieren alguna posesion, talvez sin merecerla, sus aspiraciones se van mas allá de los límites que su misma capacidad le señala, y enfatuados, porque no se puede asegurar otra cosa, abusan hasta de la amistad y la jenerosidad de aquel, que puede decirse, les dió el modo de ser y lo que poseen.

Estos individuos llenos de humo pero de nada en el fondo, cuando llegan á colocarse ó á elevarse, olvidan por completo que de ayer á hoy puede haber alguna diferencia, y por consiguiente nunca piensan en el mañana, ó como decia aquel poeta

Ayer maravilla fui

Y hoy sombra mia no soy.

Cuando á ellos se fia la nave de un Estado, incapaces para conducirla á un puerto seguro, buscan un piloto, que aunque inesperto en la náutica, el saberlo todo y el hablarlo todo, lo constituye en autoridad suprema. El piloto no conoce los escollos; y la nave tiene que estrellarse; la desorganizacion en todos los ramos es un hecho, y por consiguiente el embrollo.

No le falta quien lo adule y le haga creer que es el único hombre; porque nuestros individuos desleales y amigos de las circunstancias, no ven lo que viene sino el presente; despues que se encuentran chasqueados, tienen la habilidad de doblar la hoja y asegurar su colocacion, negando ántes que todo, á su maestro.

Pero en medio de todo esto tambien hay hombres leales, que firmes por una causa la sostienen y mueren por ella, sin que un pasajero torbellino los arrastre á seguir acontecimientos que de suyo jamas se podrian afianzar.

Todo es perdonable en el mundo, pero la deslealtad y la ingratitud corren parejas solamente en los pechos innobles y ciegos por una ambicion ilimitada. Por fortuna estos tipos jamas se hacen de un círculo que les brinde su apoyo ni engañan á gente que los pueda valer, porque son siempre de suyo impopulares y desprestigiados.

F. L.

Es justo.

En todas las naciones, y tambien en todos los tiempos, han existido hombres *especiales* que han consagrado su vida, ó parte de ella, á la consecucion de un fin útil al mundo, en la sola y noble esperanza de adquirir gloria y celebridad con qué cubrir, para la historia, un nombre oscuro.

Estimulados por tan legítimo propósito, la humanidad ha obtenido, casi siempre, de esos hombres, cuando nó una idea atrevida que se abre paso con una revolucion política, el descubrimiento de un principio natural cualquiera, del cual ha surgido—con un invento—una revolucion industrial ó económica;—y ámbos sacudimientos sociales han venido á ser siempre, en último término, distintas manifestaciones del progreso humano.

Pero tambien hay, ademas de esa clase de hombres, otra mas humilde, aunque no de ménos importancia relativa—que se distingue, á su vez, por el propósito concreto de sus trabajos. Zapadores ignorados del adelanto, limitan su accion, fijan su línea de combate solo hasta donde alcanzan los horizontes de la Patria,—y allí luchan, y allí esfuerzan y en muchas ocasiones allí sucumben, sin pensar en otra cosa que en el engrandecimiento de ella.

La fama no se encarga de llevar sus nombres á los ámbitos de la tierra, por lo limitado de sus esfuerzos; pero en cambio, reciben, despues de cada triunfo, la recompensa,—que para ellos consiste en la propia satisfaccion del bien cumplido.

En el campamento de estos soldados del bien público, vivaquea hace algun tiempo, Don Ricardo Alpízar.

A la accion inteligente de este jóven costarricense, secundando las muy sabias y elevadas miras del Gobierno nacional, que le tiene á su servicio, deberá el país, no muy tarde, un ensanche prodigioso de su agricultura y su comercio.

Dedicado, con una contraccion ejemplar, al lleno de sus deberes de Agrimensor, en un corto tiempo ha entregado la medida de grandes cantidades de tierra, en las Llanuras de Santa Clara, con notable ingreso para las arcas públicas, y marcado provecho para la agricultura que comienza á fomentarse allí.

El género de vida que se ha visto precisado á llevar, por la naturaleza propia de las funciones que ejerce, ha dado á su aspecto físico la apariencia de un hombre que vive demasiado aprisa; pero la energía de su carácter crece con los inconvenientes y cada piedra de esas selvas vírgenes de Santa Clara, es un tesigo nudo de su incansable actividad.

El no piensa nunca en recompensas póstumas de sus conciudadanos, porque ademas cree que nada valen sus servicios. En esto sabe demostrar muy buen juicio, porque no son tareas como las suyas las llamadas á alcanzar celebridad, por su naturaleza; pero en este caso aislado, cuando al traves de los tiempos, las generaciones del porvenir extendidas en esas preciosas llanuras de Santa Clara, formen ciu-

dades hermosas y florecientes, por su agricultura y el poder de su comercio, en las crónicas de esos pueblos aprenderán los viajeros que, Don Ricardo Alpízar, Agrimensor del Gobierno del General Guardia, colocó en aquellos parajes su planta, y cual otro conquistador de modernas conquistas, arrancó al bosque aquellas tierras, para entregarlas en formas científicas, á la accion fecundante del trabajo.

Marzo 9 de 1882.

HECTOR.

Educacion de la mujer.

(Continuacion.)

III.

Muchos han creido que *El Principio* lo escribió Maquiavelo con la encubierta pero sana intencion de hacer odioso el principado á fuerza de exagerar sus inicuos procedimientos. Tambien á nosotros nos ha asaltado la idea de que *las mugeres que matan y las mugeres que votan* lleva oculto el propósito de matar por el ridiculo las aberraciones de los flamantes voceros de *La muger igual al hombre*. No tiene Dumas, aunque tiene muchísimo, tanto ingenio como Cervantes. Pero de esa manera acabó Cervantes con los libros de caballería. No se puede sospechar lo mismo del nunca bien ponderado E. Girardin. Solo que este, á fuerza de querer hablar en sério, ha perdido el ingenio hasta un punto verdaderamente lastimoso.

Bien sabemos nosotros que es achaque propio del humano orgullo el querer elevar á la categoría de lo absoluto el principio ó la idea de que una vez se ha encariñado el entendimiento. Y no ignoramos que hay épocas, que hay momentos históricos en los que el llevar el absolutismo de aquel principio ó de aquella idea á sus mas exageradas consecuencias, por mas absurdas que sean, y hasta por el hecho de serlo, conquista las simpatias del vulgo, ávido de novedades y de emociones fuertes; y lo que es más, conduce á los propagadores de tales extravagancias al pináculo de la hoy lucrativa fama de novadores y de cuasi apóstoles del nuevo evangelio. Todo eso pasa—tampoco lo desconocemos—como pasa el torbellino que levanta el simoión sobre la superficie arenosa del desierto; pero entre tanto, ciega y asfixia, lo cual contrasta, y seria bueno que no sucediese.

A nosotros se nos antoja que los dos citados folletos, obras sofisticas de los dos ingeniosos escritores franceses, entre algunas cosas buenas, pero ya triviales á fuerza de conocidas contienen grandísimos errores, vestidos á la moda francesa, con afectada sencillez, con efectiva elegancia, y con todos los seductores atractivos del buen decir, auxiliado por el ingenio y por la retórica.

Los políticos dicen que el parlamento inglés lo puede todo, menos hacer de una muger un hombre. Emilio Girardin es mas poderoso que el parlamento inglés. Para él, con una sola diferencia carnal, la muger puede hacerse hombre; y no solo puede, sino que debe ser hombre, y hacer todo, absolutamente todo lo que hacen los hombres. En una palabra: segun ese apóstol mugeriego de última hora, la muger y el hombre deben volver al estado embrionario, á ser el *virago* del Génesis, anterior á Eva, que, segun algunos orientalistas, era ser *hembra y macho* á la vez. Lo cual, á pesar de ser predicado por los que se llaman apóstoles del gran progreso y de la última buena nueva, nos parece á nosotros un retroceso mayúsculo y una nueva viejísima y mala hasta más no poder.

De todas las aberraciones á que ha dado márgen el fecundo principio de la asociacion, no conocemos ninguna mas funesta, ni acaso mas extravagante, que al de querer acabar con *la familia*, pretension formalmente declarada y perseguida por la mas flamante de las escuelas socialistas. Lo absurdo de tal pretension por parte del socialismo se muestra en que conduce á negarse á sí mismo, á negar el principio de asoci-

ción; conduce á la exageración del individualismo mas anti-social y mas anti-humano, si nos es lícita la palabra. Hacer de la muger un hombre, un elector, un elegible un letrado, un político, *funcionario público*,... no solo es contrariar el destino de la muger en la tierra, es privarla del seductor atractivo de su pudorosa timidez y dulzura; es desnudarla de sus mas poderosos medios de influencia; es robarla todos sus encantos. ¿Qué es la muger ni qué influencia puede ejercer en la sociedad y sobre el hombre reducida á visitas momentáneas, á encuentros casuales, á lavida de oficinista, del *restaurant* y del *hotel garni*? ¿Qué es la muger, ni qué influencia saludable puede ejercer fuera del hogar doméstico, fuera del seno de la familia? Esta y aquel son las verdaderas oficinas de la muger. Allí su campo de operaciones, su natural y bienhechora esfera de acción: allí su trono.

¡La muger, tan delicada, tan fina, tan sensible, tan tímida, tan pudorosa de suyo, ¿ha nacido acaso para ganar la vida arando, cavando, trabajando ruda y penosamente como los hombres? ¿Dónde se ve eso mas que en hordas semi-salvajes ó entre las últimas y mas abyectas capas de un pueblo por civilizar? Y la vista de semejantes escenas, ¿no nos causa tedio, lástima, y á veces indignación? Solo donde la muger es esclava del hombre puede hacerse; y se hace, semejante uso ó abuso de sus aptitudes, de sus facultades y de sus fuerzas.

La familia es el primer centro de actividad y de vida del organismo social. Suprimida la familia, y el Estado se descompone y la sociedad se disuelve. Porque ¿qué es la sociedad reducida al solo juego de relaciones industriales y mercantiles? Qué es la sociedad limitada á la satisfacción de necesidades corporales y de formularias conveniencias sociales? ¿Qué es la sociedad sin las deliciosas expansiones del corazón, sin los puros goces del alma, sin el halago del cariño maternal, sin el fuego sagrado del hogar, sin la llama constante del amor conyugal, sin las delicadas, afectuosas y constantes atenciones de la muger, sin sus rasgos de esquisita sensibilidad y de sublime abnegación, sin el beso consolador de los hijos, sin el poderoso estímulo de verse reproducida en ellos y sin la grata y dulcísima esperanza de verlos ensalzados y queridos por sus conciudadanos?

Pues echad la muger á la calle, ó llevadla como inquilina á un hotel—que para el caso es lo mismo— aunque ese hotel esté en París y sea tan precioso como el que pinta E. Girardin, y no conteis ya con ninguno de aquellos encantos, con ninguno de aquellos poderosos resortes de vida social y humana. Con todo el lujo que queráis, con todos los primores que ofrecer pueden la industria y las artes y los inventos del siglo, tendreis, en buena hora, la reproducción perfeccionada de Babilonia, de Tiro, de Capna ó de Roma en las visperas de su disolución. Si es ese el progreso que buscan los modernos escépticos, propagadores de la doctrina de *La muger igual al hombre*, nosotros, humanos hoy que lo fué en su tiempo el severo Catón, no se los enviaremos de regalo á los enemigos de nues- tra pátria, no; deseamos por el contrario, que Dios libre á sus pueblos de la plaga de tales propagandistas.

(Continuará.)

REMITIDOS.

El borracho.

Miradle.

Es un ébrio.

En el andar incierto, cual si fuese equilibrista, da á conocer qué vicio en aquella naturaleza ha penetrado.

Se acerca.

Fijad vuestra vista en sus ojos vueltos, incoloros, en sus mejillas abombadas, atomatadas y en la exaltación de su espesa sangre y tendreis que convenceros quien es.

Es un ébrio.

Tocadle y su piel ardiente os quemará como quema el aceite hirviendo; pero despues vuestra mano permanecerá asquerosamente húmeda.

Habladle y os mareará lo apesoso de su aliento al contestaros en su balbuciente lenguaje. Fuera de que salpicará vuestro rostro con su espesa baba.

Es un hombre despreciable aún mas que el cerdo y el gusano.

El aguardiente y demás licores fuertes son sus frescos favoritos.

Es un ente miserable porque para él no existe el respeto.

Para su inteligencia embotada no hay diferencia en penetrar en un garito ó en una honrada casa.

¡Singular contraste!!

Del garito lo hacen salir cual si fuese un perro, lo hechan como se lo merece.

En la casa honrada lo miman, le rien sus estupideces; no quieren conocer que está ébrio. Con disimulo, de manera que no lo note, los visitados se cubren la cara con el pañuelo para evitar la pestilencia que despide, el salpique de su saliva.

No le echan fuera como en el garito. Le invitan á comer, á fiestas, le dejan hablar hasta indecencias.

Es que es de familia decente.

Comedia humana.

Es un borracho de profesion. Todos lo conocen: lo señalan con el dedo como al presidiario de camisa encarnada y carlanca al pié.— Pero no es despreciable por todos como este.

Flaqueza humana.

Si cada uno fuese colocado en el lugar que le corresponde, el mundo caminaria de distinta manera.

Si el vicio no estuviera empañado con la cota de maya formada por el oro, ¡que distinta fuera la sociedad!

Sigamos.

Su cabeza de continuo ardiente, le ha radicado la grosería en sus dichos y modales, y la libertad para ser un malcriado en las reuniones donde se encuentre; porque este ébrio es admitido en las mas cultas sociedades, si es que las hai aquí.

Sin embargo, es muy desgraciado al morir.

La muerte terrible con sus figuras espantosas se le aparece en los últimos momentos de delirios. Asesinos con largos puñales le accedian para cortarle el corazón. Hondos precipicios en donde es empujado por diablos horrosos que se mofan de su terror, se le presentan á su calenturienta imaginación. Siente que animales inmundos se anidan en todo su cuerpo. Figuras de siniestro mirar no se separan un instante de su lado. Todos quieren matarlo. Angeles del averno, hombres de mala traza, le esperan, segun todo se lo figura, para descuartizarlo.—Llora, ruega, maldice, ahuya como un condenado, pateo, arroja blanquísima espuma, y entre mil sufrimientos y contorciones que espantan y aterrorizan en vez de causar compacion, muere aquel hombre que

mucho bien pudo hacer, pero que no deja mas recuerdo de él que el vicio que lo mató.

X.

Febrero de 1882.

Improvisacion

A MI AMIGO EL JÓVEN DON VICENTE CASTRO.

Por tu amigo colombiano,
El poeta peregrino,
Aunque sin estro divino
Y sin númen soberano,
Un coplero americano
Sin las bellezas del arte,
Siempre conserva una parte
En su alma, de sentimiento,
Y aunque nulo y sin talento
Es primero en admirarte.

Yo vivo con decepciones,
Allagado el corazón
Y sepulto en el panteon
De mi pecho en las regiones:
Busco sonrisa, ilusiones
Del mundo en la turba y ferial,
Soy actor en su lacéria,
Mas, me canso y desfallezco,
¡Y hoy yo solo comparezco
Pulsando á la Luz su arteria!

La Luz! esa Luz, Vicente,
Que es del alma catarata,
Que entro raudales de plata
Difunde su foco ardiente
Destellos en nuestra frente,
Que elevan el pensamiento
Del Progreso al firmamento,
Y en torno la humanidad
Nos conduce Libertad
De su etapa hácia el portento!

¡Es ya demasiado hablar
En estilo chavacano!
Y no importa, que aunque en vano
Anhele metrificar,
Yo prosigo en mi charlar
Por mas que rabies, Vicente;
(Punto y coma) que mi mente
Al discípulo de Apeles
(Por la ascnancia no celes)
Obsequiarle un lauro intente!

¡Tú eres pintor al pincel,
Yo soy cantor con guitarra
Entre la báquica garra.....!

Tú tienes á Rafael,
Benvenuto con cincel
Y Ortego en caricaturas;
Yo te digo tú le auguras
A tu pátria, Costa-Rica,
Un hombre que glorifica
Sus ilusiones mas puras!

Es muy grande ejecutar
Con un pincel atrevido
Sombra, luz y colorido,
La risa, el llanto y pesar,
Padiéndose confirmar
Que si es un retrato leer,
"Muda imágen le juzgamos
"Y es un libro en donde hallamos
"El alma de cada sér!"

Que es el Arte y el artista
Encarnacion sublimada,

Naturaleza encarnada
No en su yermo que contrista,
Sino cuadro de una lista
Do se ven, intransitorias,
Mil imágenes y glorias
Y timbres de los humanos,
Do se palpan los arcanos
De las ansias ilusorias!

Yo siempre adoré lo bello
Lo que tú al papel trasladas:
Naturaleza, cascadas,
Y del iris el destello,
De todo lo ardiente aquello
Que brota la inspiracion,—
Agente del corazon,—
Los celages y horizontes,
Los canarios y zenzontes,
Músicos de la Creacion!

Prosigue, que tu carrera
Es la carrera del arte
Que tiene su mundo aparte
De la turba vocinglera
Do el positivismo impera;
Por que tú con tu pincel
(Como yo con mi rabel)
Podrás libre, independiente
Pisar, erguida la frente,
Del porvenir el dintel!

Ese porvenir, Vicente,
Ese futuro tan largo,
De la esperanza letargo,
El ideal de cierta gente,
Ese Porvenir ardiente
Yo lo leo por instante
Así vago, en tu semblante,
Que me obliga repetir
Lo que acabé de decir
Con entusiasmo bastante:

“Yo te digo que tú auguras
A tu patria, Costa-Rica,
Un nombre que glorifica
Sus ilusiones mas puras;”
Y aunque la suerte en sus duras,
Continuas evoluciones
Al hombre como á naciones
Las transforma y regenera,
Tú con fé imperecedera
Abre campo á tus acciones!!

CELIN TORO.

Puntarenas, 26 de Febrero 1882.

VARIETADES.

Los entierros.

Hay cierto idiotismo en las costumbres de los pueblos que son inexplicables, dado el adelanto y civilizacion de que gozan esos mismos pueblos en otras faces de su vida social.

Analicemos hoy, por ejemplo, la razon de que un entierro debe ser pomposo, concurrido y mas suntuoso de lo que pudiera ser, y no hallaremos explicacion que satisfaga nuestra indagacion.

Los doloridos de un muerto creen que deben invitar al entierro del mismo á personas que jamás le vieron ó trataron, sólo por darse el gusto de saber que concurrieron tantas ó cuantas personas.

Cuando invitan por tarjetas, regularmente mandan tirar cien, y como no hay quien tenga tal número de amigos, se llenan ó sobrecartan las primeras diez ó doce para las personas mas allegadas,

luchando, de ese número en adelante, cada uno de los encargados de ese trabajo por presentar candidatos para la procesion.

¿Cuan ridiculo nó es que la noche del velorio se reunan dos ó tres personas en la mesa del comedor á pasar lista á los elegidos?

Dice uno—Pon á Luis Barrios.

Otro—No, ese no viene porque no tiene levita. A ver dejáme buscar. . . . R. S., eso es, pon á R.

El otro.—Ajá, y Mr. Lund? Ese si viene.

El primero.—Si, los alemanes van á todos los entierros. Cuántas tarjetas te faltan?

El segundo.—Catorce pero aquí tengo una lista reservada. (Lee cuarenta y tres nombres, escogen catorce, y se llena el expediente.)

¿Qué razon hay para que se convide á un entierro?

¿Por qué se ha hecho cuestion de lujo desde el cajon con guilindajos alquilados, que le arrancan al meterlo en el hoyo, hasta el número de personas que formen séquito?

Se concibe que los deudos de un muerto hallen consuelo viéndose acompañados en el entierro por sus amigos, pero ¿de qué les sirve ver allí caras extrañas, indiferentes, de personas que van charlando de gallos, de mugeres, de negocios etc., etc.?

Sobre todo ¿En qué apuros no pone esta inútil y tonta costumbre á los pobres?

Nadie quiere ser ménos que otro; y como los nécios creen que un entierro acompañado por una docena de personas es ridiculo, el que no puede tirar esquelas sale de puerta en puerta reclutando gente, con súplicas mojadas en lágrimas, “para no quedar en un feo.”

La urna tambien es cosa séria.—¿Cómo va á gastar un pobre diez pesos en un cajon de pino cuando hay urnas de caoba con argollas plateadas que no valen sino ochenta ó cien pesos? ¿Qué importa que el entierro se deba un año ó dos si fué tan lujoso como el que mas? Gastar uno hasta donde puede? Cuándo! ¿Qué dirá la gente? Ademas: como es el último tributo al muerto, eche usted por la calle del medio, aunque no pudiese, que la cuestion es “salir del paso.”

Fistoy persuadido de que á uno le fian con mas facilidad una urna buena que una mala; es decir, una urna costosa que una barata.

Si se trata de carro fúnebre, dos coches es cosa en que no debe pensarse.

¿Por qué han de ir solos los deudos al cementerio? Miren qué gracia!

Ir á la iglesia no mas, es hacer la mitad del mandado.

Lo bueno es ver como se pelea por cojer puestos en los coches, porque un paseito en calesa no viene mal, si es á costa de otro.

Cuántos conozco yo que jamás van á entierro á pié, pero que no faltan á ninguno en coche!

Dentro de pocos años, cien talvez, nadie será invitado á un entierro.

Hoy se dice á una persona que no nos felicita personalmente el dia de nuestro cumpleaños: “Se perdió Ud. de bailar cuatro turnos por no venir.”—Pero cómo iba á venir si no me convidaron?—Ah! mi amigo, los dias de santos no se convida!—¿Qué contraste! A ciertos bailes no se invita, pero á todos los entierros sí.

Dentro de un siglo irán en el entierro los deudos y amigos no más. Y eso que los amigos no habrán menester que los conviden; irán espontáneamente. ¿Cuánto mejor no es que suceda así para saber uno los amigos que tiene!

Pero ahora. . . . ¿á qué van esas personas que maldito lo que sienten, no digo que se haya muerto el que acompañan, sino toda su generacion?

Ah! Sacrilego! ¿Cómo preguntas eso? ¿No ves que van á hacer lucir el entierro? Esos invitados son los comparsas; si no fueran, faltaria el corona-

miento de la procesion, quedaria en ella un vacío. Hazte cargo: una ópera sin coros. El tenor es bueno, el soprano mejor, el barítono óptimo, etc. Bastarian para cantar lo mejor de la pieza, pero. . . ¿y los coristas? Darian fiasco sin ellos.

Dentro de un siglo nos convenceremos de que gastar cien pesos en una caja de caoba para lucirla cuatro horas y enterrarla, es una necedad, lo mismo que nos hemos convencido de que ponerle al muerto casaca, guantes, botas y. . . . (sombbrero iba á decir. ¡Qué milagro no le poniamos su tiro-lés!) era un disparate máximo.

Y no pasará tanto tiempo sin que echemos de ver que arrancar los adornos de la urna (porque son alquilados) en el cementerio, es por lo ménos, chocante; y que alquilar coches para que los acompañantes paséen, es majaderia; y que, sobre todo, convidar á quien no conocemos y hasta á quien no nos conoce, para que asista al entierro, es mala crianza.

Algunos se ponen bravos porque uno no va al entierro de un vejestorio, tia tercera de su muger que vivió treinta años paralítica en el último cuarto de la casa y á quien jamás vimos; y ántes de convidarnos á ese entierro, no nos invitaron al baile de año nuevo, ni el dia del santo de la hija, ni al sarao de noche-buena, ni el dia del bautizo del “maraco.”

Para que Ud. se vista de negro y sude la gota gorda en el mortuario: “venga Ud.!” Para que Ud. se vista de negro y sude el corazon bailando. . . . merece reflexionarse, porque no es igual nuestra posicion en sociedad!

Somos iguales ante la muerte. A la inhumacion de un banquero pueden concurrir el tejero y el albañil y el zapatero. . . . ¿á sus bailes? Cuando! Cómo! Por qué!

Al entierro de un zapatero remendon jamás he visto ir un rentista, pero sí lo he visto colocarse á una reunion que aquel dió un dia que estaba contento.

Para dar fin: lo cierto es que “el amo del muerto es quien lo llora,” los demas van al entierro por adular al vivo ó por pasar en coche.

VERTIDIO.

La Guaira—1881.

(De *El Cronista* de Panamá.)

Los HOMBRES no han dado ni darán á las mujeres participacion en la cosa pública, porque no habria quien resistiera una oficina, Academia ó Parlamento donde ellas estuviesen en mayoría.

Habria guerras interminables de nacion á nacion por una sobrefalda ó el nombre de un adorno, y por último, los secretos de Estado estarían á merced de las que bailan en la Fuente de la Teja.

Las mugeres se vengan de estas cosas, haciendo que sus maridos, padres ó encargados paguen las cuotas de la modista, peluquero, etc, y como se las veda toda intervencion en la cosa pública, toman la revancha en la cosa privada.

* * *

—PARA DAR una idea de la locuacidad de las mugeres,—decia un caballero,—basta saber que hace cinco años anuncié un premio en metálico para la que permanezca sin hablar veinticuatro horas, y todavía no he tenido ocasion de entregarlo.